

me agarraba á las crines aturdido, como si volase entre nubes...

De repente avistamos entre las sierras de Moab la planicie de Canaán. Nuestro aduar blanqueaba junto á las brasas moribundas de una hoguera. Los caballos se detuvieron temblando. Corrimos á las tiendas; sobre la mesa, la vela que Topsisius encendiera para vestirse hacía mil ochocientos años, agonizaba, con un pábilo luminoso y rojizo... Derrengado por la jornada, me eché sobre el catre sin descalzarme siquiera las botas blancas de polvo...

Inmediatamente me pareció que una antorcha flameante penetraba en la tienda, esparciendo un brillo de oro... Me levanté asustado. Con un rayo de sol que llegara desde los montes de Moab, entraba el alegre Potte en mangas de camisa, con mis botas en la mano.

Arrojé la manta y me incorporé para comprobar mejor la mudanza terrible que desde la víspera se hiciera en el universo. Sobre la mesa yacían las botellas de *Champagne* con que brindamos á la Ciencia y á la Religión. El envoltorio de la corona de espinas estaba á mi cabecera. Topsisius, en su catre, con un pañuelo atado á la cabeza, bostezaba poniéndose los anteojos. El risueño Potte, censurando nuestra pereza, quería saber si apeleciamos aquella mañana «tapiocá» ó «café».

Dejé salir deliciosamente del pecho un ruidoso y consolador suspiro; y en el júbilo triunfal de sentirme reintegrado en mi individualidad y en mi siglo, salté sobre el colchón y con la falda de la camisa al viento, grité:

—¡Tapioca, Potte! ¡Una tapioca muy dulce y muy buena, que sepa bien á mi Portugal!

v

Al otro día, domingo, levantamos nuestras tiendas, y caminando hacia occidente por el valle de Cherith, dimos comienzo á nuestra peregrinación por Galilea. Pero fuese que la consoladora fuente de la admiración se hubiese secado en mí, ó que mi alma, arrebatada por un momento á las cimas de la Historia y sacudida por ásperos escalofríos de emoción, ya no pudiese complacerse en aquellos tranquilos y yermos caminos de Siria, ello es que sentí siempre indiferencia y cansancio, desde el país de Efraim hasta el país de Zabulón.

Cuando aquella noche acampamos en Bethel, la luna llena comenzaba á mostrarse tras los montes negros de Gilead... El festivo Potte me enseñó el suelo sagrado en que Jacob, pastor de Bersabé, había visto en sueños una escala luminosa, hincada á sus pies y arrimada á las estrellas, por la cual subían y bajaban, entre tierra y cielo, ángeles silenciosos. Yo bostecé formidablemente murmurando:

—¡Tiene gracia!...

Y así, bostezando, atravesé la tierra de los prodigios. La gracia de los valles me aburrió tanto como la santidad de las ruinas. En el pozo de Jacob,

sentado en las mismas piedras en que Jesús, cansado como yo de andar por aquellos caminos y como yo bebiendo del cántaro de una samaritana, había enseñado la nueva y pura manera de adorar; en las proximidades de Carmelo, aposentado en la celda de un monasterio, oyendo de noche el viento en el ramaje de los cedros que abrigaran á Elías, y las ondas vasallas de Hiram, rey de Tiro; galopando con el albornoz al viento por la planicie de Esdrelón; remando dulcemente en el lago de Genezareth, cubierto de silencio y de luz, donde quiera el Tedio marchó á mi lado, compañero fiel, que á cada paso me apretaba contra su pecho, debajo de su manto pardo.

A veces, sin embargo, como un perfume delicado y grato me llegaba del remoto Pasado y agitaba levemente mi alma, como una brisa lenta agita un cortinaje muy pesado... Entonces, fumando delante de mi tienda, trotando por el lecho seco de los torrentes, veía con deleite jirones sueltos de aquella Antigüedad que me apasionara: la terma romana donde una criatura maravillosa, de mitra gualda, se ofrecía lasciva y pontifical; el hermoso Manasés, llevando la mano á la espada llena de pedrería; mercaderes del Templo, desdoblado los brocados de Babilonia; la sentencia del Rabí con una rúbrica brillante, en un pilar de piedra á la puerta Judicial; las calles iluminadas, griegos danzando la calábida... Y entonces, experimentaba un deseo angustioso de sumergirme en aquel mundo irrecuperable. ¡Cosa risible! Yo, Raposo y doctor, que gozaba todas las dulzuras de la Civilización, sentía nostalgia de aquella bárbara Jerusalem por donde pasara en un día del mes de Nizam, siendo Poncius Pilatus Procurador de Judea.

Después, estos recuerdos agonizaban como una lámpara á la cual faltase el aceite. En mi alma solamente quedaban cenizas, y delante de las ruinas del monte Ebal ó bajo las pomaredas que perfuman á Sichein, no hacía otra cosa sino bostezar.

Cuando llegamos á Nazareth, que aparece en la desolación de Palestina como un ramillete posado

en la piedra de una sepultura, ni siquiera me interesaron las hermosas judías por quienes se bañó de ternura el corazón de San Antonio. Con su cántara bermeja al hombro, subían por entre los sicomoros á la fuente donde María, madre de Jesús, iba todas las tardes, cantando como ellas y como ellas vestida de blanco... El alegre Potte, retorciéndose los bigotes, les murmuraba madrigales en voz baja. Ellas sonreían bajando las pestañas grandes y negras. Era aquella suave modestia ante la que San Antonio, apoyado en su bordón, y sacudiendo la barba, suspiraba: «¡Oh, virtudes claras, heredadas de María llena de gracia!» Yo, en cambio, solo murmuraba secamente: «¡Remilgadas!»

A través de caminos donde la viña y la higuera abrigan casas humildes, como cuadra á la dulce aldea de Aquel que enseñó la humildad, trepamos al monte de Nazart batidos siempre por el viento que sopla de Idumea. Allí Topsius, quitándose el gorro, saludó aquellas planicies, aquellas lontananzas que Jesús, ciertamente, iría á contemplar, concibiendo en presencia de su luz y de su gracia las incomparables bellezas del reino de Dios... El dedo del docto historiador me iba señalando todos los lugares religiosos, cuyos nombres sonoros caen en el alma con una solemnidad de profecía ó con un fragor de batalla: Esdrelón, Endor, Sulem, Tabor... Yo miraba liando un cigarro. Sobre el Carmelo sonreía una blancura de nieve; las planicies de Perea fulguraban en una polvareda de oro; el golfo de Caipha era todo azul; una tristeza cubría á lo lejos las montañas azules de Samaría; grandes águilas revoloteaban sobre los valles... Bostezando murmuré:

—Bonita vista.

Al fin, una madrugada, comenzamos á descender hacia Jerusalem. Desde Samaría á Ramah fuimos agasajados por esos grandes y negros chubascos de Siria, que no tardan en producir rugidores torrentes entre las rocas bajo los almendros en flor: después junto á la colina de Gibeah donde, en otro tiempo,

bajo los cipreses de su jardín, David tañía el arpa, mirando á Sión, todo se vistió de serenidad y de azul y una agitación engolfóse en mi alma, como un viento triste en una ruina... Yo iba á Jerusalem; ¿á cuál? ¿Sería aquella que un día contemplé resplandeciendo suntuosamente al sol de Nizam, con sus torres formidables, y el Templo color de oro y color de nieve, y el Acra llena de palacios y Bezetha regada por las aguas de Enrogel?

—¡El-Kurds, el-Kurds!—gritó el viejo beduíno con la lanza en el aire, anunciando por su apodo musulmán la ciudad del Señor.

Galopé todo trémulo... Pronto distinguí allá abajo, cerca del Cedrón, á la ciudad sombría, llena de conventos y agazapada en sus murallas caducas, como una pobre cubierta de piojos, que para morir se arrebujaba en los harapos de su manteo, junto al quicio de una puerta. Bien pronto, las herraduras de nuestros caballos golpearon las losas de la calle Cristiana: pegado al muro, un fraile gordo con el breviario y el paraguas bajo el brazo sorbía un polvo de rapé. Nos apeamos en el hotel del Mediterráneo, en el angosto patio, bajo el anuncio de las «Píldoras Holloway». ¡Ah! ¡Era aquella la Jerusalem católica!... Después, al penetrar en nuestro cuarto, claro y alegre con su tabique de ramajes azules, todavía un instante fulguró en mi memoria cierta sala, con candelabros de oro y una estatua de Augusto, donde un hombre togado extendía el brazo diciendo: «César me conoce bien».

Corrí á la ventana para respirar el aire vivo de la moderna Sión. Allá estaba el convento con las ventanas verdes cerradas y los canalones para la lluvia mudos, en aquella tarde de sol y de dulzura... Por la calle, cruzaban franciscanos de alpargatas y judíos flacos, de sucias melenas... Fuí á palpar la cama fofa. Abrí el armario, é hice una leve caricia al envoltorio de la camisa de Mary, redondo y gracioso con su bramante encarnado.

En aquel instante, el alegre Potte entró á traerme el envoltorio de la corona de espinas, redondo

y blanco con su bramante encarnado. Después me contó algunas noticias de Jerusalem. Las sabía por el barbero de la Vía Dolorosa. De Constantinopla había venido una orden desterrando al Patriarca griego, un pobre viejo evangélico, enfermo del hígado, que socorría á los pobres. El cónsul Damiani había dicho en la tienda de reliquias de la calle Armenia que antes del día de Reyes, por causa de la cuestión entre los Franciscanos y la «Misión protestante», Italia declararíala guerra á Alemania. En Belén, un padre latino, en la iglesia de la Natividad, le abriera la cabeza con un cirio de cera á un padre copto... En fin, aun había más novedades: acababa de abrirse para alegría de Sión, cerca de la Puerta de Herodes y dando al valle de Josafat, un café con billares, llamado el *Retiro del Sinaí*.

Súbitamente, las dolientes nostalgias del pasado y las cenizas que me cubrían el alma fueron barridas por un fresco viento de juventud... Salté sobre el ladrillo sonoro.

—¡Viva el bello *Retiro*! ¡A él! ¡A las carambolas! ¡Viva! ¡Estaba ya ansioso de festejarme! ¡Y después las mujercitas! Pon ahí el envoltorio de la corona, bello Potte... ¡Eso significa mucho!... ¡Jesús, y lo que con ello se va á alegrar la tía!... Ponlo ahí encima de la cómoda... ¡Y luego, Pottecito, después de la comidita, al *Retiro del Sinaí*!

En aquel momento el sabio Topsisius entraba des-pavorido: traía una hermosa noticia histórica. Durante nuestra romería en Galilea, la *Comisión de excavaciones bíblicas* encontrara, bajo polvo secular, una de las lápidas de mármol que, según Josefo y Philón y los Talmuds, había en el Templo, junto á la puerta bella, con una inscripción prohibiendo la entrada á los gentiles... Y Topsisius nos aconsejaba que tan pronto hubiésemos engullido la sopa fuésemos á asombrarnos ante aquella maravilla... Todavía un momento brilló en mi memoria una Puerta, bella en verdad, preciosa y triunfal sobre sus catorce escalones de mármol verde de Numidia...

Pero sacudí desabridamente los brazos y grité:
— ¡No quiero! ¡Estoy harto!... ¡Caramba! Y aquí se lo declaro, á usted, solemnemente: de hoy en adelante, no vuelvo á ver más ni una piedra, ni un sitio de Religión... ¡Caramba! ¡Tengo mi dosis: una dosis fuerte, muy fuerte, doctor!



Aquella semana la dediqué á empaquetar las reliquias menores que destinaba á mi tía doña Patrocinio. Eran muchas y todas ellas preciosas; ¡en verdad que, con devotísimo lustre, podían brillar en el tesoro de la más orgullosa Sede! Además de las que Sión importa de Marsella en cajones,—rosarios, medallas, escapularios,—además de las que ofrecen en el Santo Sepulcro los vendedores:—frascos de agua del Jordán, piedrecitas de la Vía Dolorosa, aceitunas del Monte Olivete, conchas del lago de Genezareth,—yo le llevaba otras raras, peregrinas, inéditas... Una tablilla cepillada por San José; dos pajas del corral donde nació el Señor, un pedacito de cántaro con que la Virgen iba á la fuente; una herradura del borriquillo en que la Santa Familia huyó á tierra de Egipto; un clavo oxidado y torcido...

Estas preciosidades, envueltas en papeles de color, atadas con cintas de seda y acompañadas de sonantes medallas, fueron acondicionadas en un fuerte cajón que mi prudencia hizo reforzar todavía con chapas de hierro. Después cuidé de la reliquia mayor, la corona de espinas, fuente de celestiales mercedes para mi tía y de sonora pecunia para mí, su caballero y su romero.

Para embalar todo esto deseé una madera preciosa y santa. Topsisius me aconsejaba el cedro del Líbano, tan bello, que, por él, Salomón hizo alianza con Hiram, rey de Tiro. El festivo Pötte, á su vez, menos arqueológico, recordó el honesto pino de Flandes, bendecido por el patriarca de Jerusalem. Yo diría á mi tía que los clavos del cajón habían pertenecido al Arca de Noé, que un ex-

mitaño los encontrara milagrosamente en el monte Ararat y que el orín en ellos depositado por el lodo primitivo, disuelto en agua bendita, servía para curar los más fuertes catarros... Estas cosas admirables las discurriamos tomando cerveza en el *Sinai*.

Durante tan atareada semana el envoltorio de la corona de espinas permaneciera sobre la cómoda. Esperé á la víspera de ausentarnos de Jerusalem para embalarlo: entonces lo hice con cariño. Forré la madera de seda azul comprada en la Vía Dolorosa; hice fofo y dulce el fondo de la caja con una cama de algodón más blanco que la nieve del Carmelo, y coloqué dentro el adorable envoltorio sin abrirlo, tal como Topsisius lo arreglara, con un papel pardo y un bramante rojo, porque las dobleces del papel comprado en Jericó, el nudo del cordón atado junto al Jordán tendrían sin duda para la señora doña Patrocinio un insustituible sabor de devoción... El escuálido Topsisius presenciaba aquellos piadosos aprestos fumando en su pipa de loza.

— ¡Oh, Topsisius, lo que me va á valer esto! Y diga usted, amigo mío, diga usted. Entonces usted cree que puedo afirmar á mi tía que *esta corona de espinas fué la misma que...*

El doctísimo hombre, por entre el humo leve, lanzó una solidísima máxima:

— Las reliquias, don Raposo, no valen por su autenticidad, sino por la fe que inspiran. ¡Puede decir á su tía que fué la misma!

¡Bendito seas, doctor!

En esta tarde, el erudito Topsisius acompañara á los Túmulos á la *Comisión de excavaciones históricas*. Yo partí solo al huerto de los Olivos porque no había en los alrededores de Jerusalem lugar de sombra donde más gratamente se gozasen las delicias de una pipa.

Salí por la puerta de San Esteban; troté por el puente del Cedrón; gané el atajo, entre pitas, hasta el muro cálido y albeado que cierra el jardín de

Getsemani. Empujé la puerta verde pintada de fresco, que tenía su aldabón de cobre y penetré en el lugar donde Jesús arrodillado gimió bajo el follaje de los Olivos. ¡Allí viven aún aquellos árboles santos que extendieron sus ramas sobre la cabeza del Redentor, fatigada del mundo! Son ocho, negros, carcomidos por la decrepitud, enrodrigados con estacas de madera, amodorrados, olvidados ya de esa noche de Nizam en que los ángeles, volando sin rumor, espiaban á través de su ramaje el desconsuelo humano del Hijo de Dios... En las puntas de sus ramas, hojas tenues verdes sin savia, muy separadas unas de otras, temblaban como las sonrisas de un moribundo.

Me senté debajo del más viejo de los Olivos. El fraile guardián, risueño santo de barbas sin fin, regaba, con el hábito arremangado, las plantaciones del huerto. La tarde caía con melancólico esplendor.

Y, llenando la pipa, yo sonreía á mis pensamientos. ¡Sí! Al día siguiente dejaría aquella cenicienta ciudad, que allá abajo se agachaba entre sus muros fúnebres, como viuda que no quiere ser consolada... Después, una mañana, cortando el vago azul, avistaría la sierra fresca de Cintra; las gaviotas de mi patria vendrían á darme el grito de bienvenida volando en torno á los mástiles; Lisboa surgiría después, poco á poco, con sus blancos edificios, sus tejados llenos de hierba, indolente y dulce á mis ojos... Gritando «¡oh tía, oh tía», yo trepaba las gradas de piedra de nuestra casa en Santa Ana; y la tía, con hilos de baba en la barbilla, temblaba ante la gran Reliquia que yo le ofrecía modesto. ¡Entonces, y en presencia de celestiales testigos,—San Pedro, Nuestra Señora del Patrocinio, San Casimiro y San José,—ella me llamaba «su hijo, su heredero»! Y al día siguiente comenzaba á ponerse amarilla, á adelgazar, á gemir... ¡oh delicia!

Suavemente, sobre el muro, entre las madresevas, un pájaro cantó; y más alegre, cantó una esperanza en mi corazón. Era la tía, en cama

con el pañuelo negro atado á la cabeza, palpando angustiosamente los dobleces de la sábana sudada, agonizando con terror del Diablo... Era la tía dando las boqueadas, estirando la pata. En un día hermoso de Mayo, la metían, fría y oliendo mal, dentro de una caja bien clavada y bien fuerte. Con responsorios detrás, allá se iba doña Patrocinio para la cueva, para los gusanos. Después, se abría el testamento en la sala de los damascos. Yo ocultaba en un pañuelo el escandaloso resplandor de mi rostro. De entre las hojas de papel sellado sentía rodar con un sonido de oro, rodar hacia mí, toda la fortuna del comendador Godiño. ¡Oh éxtasis! El santo fraile había dejado la regadera en el suelo, y en una calle de mirtos, paseaba con el breviario abierto. ¿Qué haría yo en mi casa de Santa Ana apenas llevasen á la fétida vieja amortajada en un hábito de Nuestra Señora? Una alta justicia: ¡correr al oratorio, apagar las luces, deshojar los ramos, abandonar los Santos al dolor! Sí, yo, Raposo y liberal, necesitaba desquitarme de haber vivido postrado ante sus figuras pintadas, de haberme encomendado á su influencia de calendario como un esclavo crédulo. Yo había servido á los Santos para servir á la tía. Ahora, ¡inefable deleite! ella se pudría en su cueva: en aquellos ojos, que jamás derramaran una lágrima de caridad, brotaban golosamente los gusanos: bajo aquellos labios, deshechos en lodo, surgían al fin sonriendo sus viejos dientes amarillos que jamás habían sonreído... Los dineros de G. Godiño eran míos; y libre de la asquerosa señora, ya no debía á sus Santos ni rezos, ni consideraciones. Después, cumplida esta obra de justicia filosófica, me iría á París para correrla con alguna prójima.

El buen fraile, sonriendo entre su barba de nieve, me tocó suavemente en el hombro, llamándome su hijo, y recordándome que se cerraba el Santo Huerlo y que le sería grata mi limosna. Le entregué una moneda. Feliz y alegre di la vuelta á

Jerusalem, lentamente, dando un paseo por el valle de Josafat y canturreando un fado.

Al otro día, por la tarde, tocaban las campanas en la iglesia de la Flagelación, cuando nuestra caravana se formó ante el hotel del Mediterráneo y partimos de Jerusalem. Los cajones de las reliquias iban sobre un macho, entre los equipajes. El beduino, más catarroso que nunca, envolviase en un innoble tapaboca de sacristán. Topsius montaba otra yegua, seria y calmosa, y yo, que por alegría me había puesto una rosa en el ojal, murmuré al pisar por última vez la Vía Dolorosa:

—¡Quédate en paz, pocilga de Sión!

Ya llegábamos a la puerta de Damasco, cuando una voz resonó en lo alto de la calle, junto a la esquina del convento de los Abisinios:

—¡Amigo Potte, doctor, señores!... ¡Un envoltorio!... ¡Que se olvida este envoltorio!

Era el negro del hotel, agitando un paquete, que enseguida reconocí por el papel pardo y por el bramante bermejo. La camisa de dormir de Mary. Con efecto, recordé que, al embalar, no la había visto en el ropero.

Jadeando, el criado contó que después de nuestra partida, barriendo el cuarto, había encontrado el envoltorio entre el polvo y las arañas, detrás de la cómoda. Le había limpiado cuidadosamente, y como su deseo era servir al caballero portugués, había corrido a su alcance.

—Basta,—murmuré seco y desabrido.

Y le dí las monedas de cobre que llevaba en el bolsillo. Yo pensaba: «¿Cómo demonio cayó detrás de la cómoda? Lo cierto es que bien podía haberse quedado allí entre el polvo y las arañas; porque, en verdad, aquel paquete ahora era audazmente molesto.

Ciertamente yo amaba a Mary. La esperanza de que muy en breve en tierra de Egipto sus brazos blancos volverían a estrecharme, me hacía despegar con languidez. Pero, guardando fielmente su imagen en el corazón, no necesitaba traer perennemente a la grupa su camisa de dormir. ¿Con

qué derecho aquella camisa quería instalarse violentamente en mis maletas y acompañarme a mi patria? ¿Cómo podría yo penetrar jamás con aquel paquete lúbrico en la casa eclesiástica de mi tía, la señora doña Patrocinio? Constantemente la tía colábase en mi cuarto, provista de llaves falsas, ansiosa de saber pormenores de mi vida, rebuscando por los rincones, y en mis bolsillos... ¡Qué encolerizada se pondría si una noche de pesquisas encontrase aquellas telas manchadas por mis labios, apesando a pecado, con la dedicatoria en letra cursiva: «¡A mi portuguesito valiente!»

«¡Si supiese que en este santo viaje te lías con faldas, te echaba como a un perro!» Así lo dijera la tía en vísperas de mi viaje delante de la Magistratura y de la Iglesia. ¿E iría yo, por el lujo sentimental de conservar la reliquia de una guantera, a perder la amistad de la vieja que tan caramente conquistara con trisagios, gotas de agua bendita y humillaciones de la razón liberal? ¡Jamás!... Y, si no abogué inmediatamente el paquete funesto en el agua de un charco, al atravesar las chozas de Kolonieh, fué para no revelar al penetrante Topsisus las cobardías de mi corazón. Decidí, pues, tan pronto penetrásemos en las montañas de Judá, cosa que necesariamente habíamos de hacer de noche, retardar el paso de la yegua y lejos de los ojos del historiador, lejos de las solicitudes de Potte, arrojar a un barranco la terrible camisa de Mary, comprobante de mi pecado y amenaza de mi fortuna.

Ya pasáramos el túmulo de Samuel por detrás de los peñascales de Emaus, ya para siempre Jerusalem desapareciera de mis ojos, cuando la yegua de Topsisus, avistando una fuente que se veía en una cañada, dejó la caravana y trotó hacia el agua con impudicia y con celeridad. Estallé indignado:

—¡Clávele la espuela, doctor! ¡Bebió hace poco! ¡Mire usted qué insolente bestia! ¡No ceda! ¡Pique! ¡Pique aún más!

Pero en vano el filósofo, con los codos salidos y